

SOPA DE LIBROS

María Teresa Andruetto

El país de Juan

Ilustraciones
de Gabriel Hernández



AIQUE
ANAYA



UNO

...sólo piedra quedaba,
piedras y pocos hombres
con raíces de piedra, o de cabra.
João CABRAL

Los abuelos de Juan vivieron mucho tiempo de unas vacas que heredaron. Ordeñaban mañana y tarde las vacas y con la leche hacían queso y manteca, y así se alimentaban.

Trabajaban mucho en el campo y con lo que ganaban podían mandar a sus hijos a la escuela y comprarles cuadernos, zapatos y abrigo.

Cada tanto, bajaban por un día a la ciudad, iban hasta un parque de diversiones, tiraban al blanco y comían palomitas de maíz sentados en la plaza.

Pero la sequía, los gobiernos y los ladrones de ganado hicieron que poco a poco fueran perdiendo sus vacas.



Nota: Las palabras seguidas de un asterisco se explican en el Glosario, en página 61.

En el norte, para vivir, hay que tener vacas.
Y si no, hay que tener cerdos, buenos cerdos para hacer chorizos, bondiolas y jamones, y así pasar el frío del invierno.

Como no hay cerdos, aunque más no sea hay que tener cabras, que viven del aire y andan por los cerros comiendo pastos duros cuando ya no queda nada.

12

En el norte no es fácil pasar el invierno, pero los abuelos de Juan pasaron, mal que mal, muchos inviernos, gracias a sus vacas.

Hasta que la sequía, los gobiernos y los ladrones de ganado los dejaron sin ellas.

Entonces empezaron a cuidar las vacas que tenían otros.



Una canción del país de Juan dice:

*Las penas y las vaquitas
se van por la misma senda.
Las penas son de nosotros,
las vaquitas son ajenas.*

Cantando esa canción, también los padres de Juan cuidaron las vacas de los otros.

Sabían llevarlas a la veraneada en busca de pastos verdes, curarlas de las pestes, chuclearles* el vientre si se empastaban, ordeñarlas, batir manteca y hacer queso.

Pero ya ni la leche, ni las vacas, ni las tierras eran de ellos.



Entre los ladrones de ganado, la sequía y los gobiernos, los patrones de los padres de Juan también se empobrecieron.

Así fue que empezaron a trabajar ellos, ya no necesitaron a los peones, y los despidieron.

Por eso, el padre y la madre de Juan se quedaron sin trabajo, y ya no hubo dinero para ir al parque de diversiones, ni para comer palomitas de maíz, ni para comprar cuadernos.

Tampoco para zapatos ni para abrigo.

Ni para alimentar a un caballo, o aunque más no fuera a una burra vieja...

Pobres como estaban, comenzaron a vender las cosas que tenían.

Primero una mesa que no usaban.

Luego unas tazas que heredaron.

Después un poncho tan liviano que podía apretarse en un puño.

Y más tarde una manta con un dibujo de rombos.

16

Hasta que la madre de Juan dijo: «a este paso nos quedaremos con lo puesto».



DOS

Cierta vez, el padre de Juan fue a vender un gallo viejo al pueblo más cercano y vio en el almacén una revista con fotos de una ciudad muy grande.

Cuando llegó a su casa, se lo dijo a su mujer.

Desde entonces, por las noches, mirando la luna o las estrellas, la madre de Juan le pedía a su marido que hablara de aquella ciudad.

Sentado bajo el molle* que estaba junto a la casa, el padre de Juan contaba una y otra vez lo que había visto.

Y, mientras contaba, la ciudad se hizo grande en la cabeza de Juan.

Más grande que el cerro.

Más grande que el monte.

Más grande que el llano.

17

Cada noche, junto al molle, bajo el cielo negro como un carbón, el padre agregaba algo a su relato.

Un detalle nuevo cada vez.

Y Juan lo escuchaba atentamente, como se escucha un cuento.

Hasta que una noche, la madre dijo:

—Tenemos que ir a la ciudad, y vivir allá, porque en la ciudad se vive bien.

—¿Sí? —preguntó Juan.

—Sí. Y nadie pasa penurias —contestó el padre

—¿Nadie? —preguntaron al mismo tiempo Juan y su mamá.

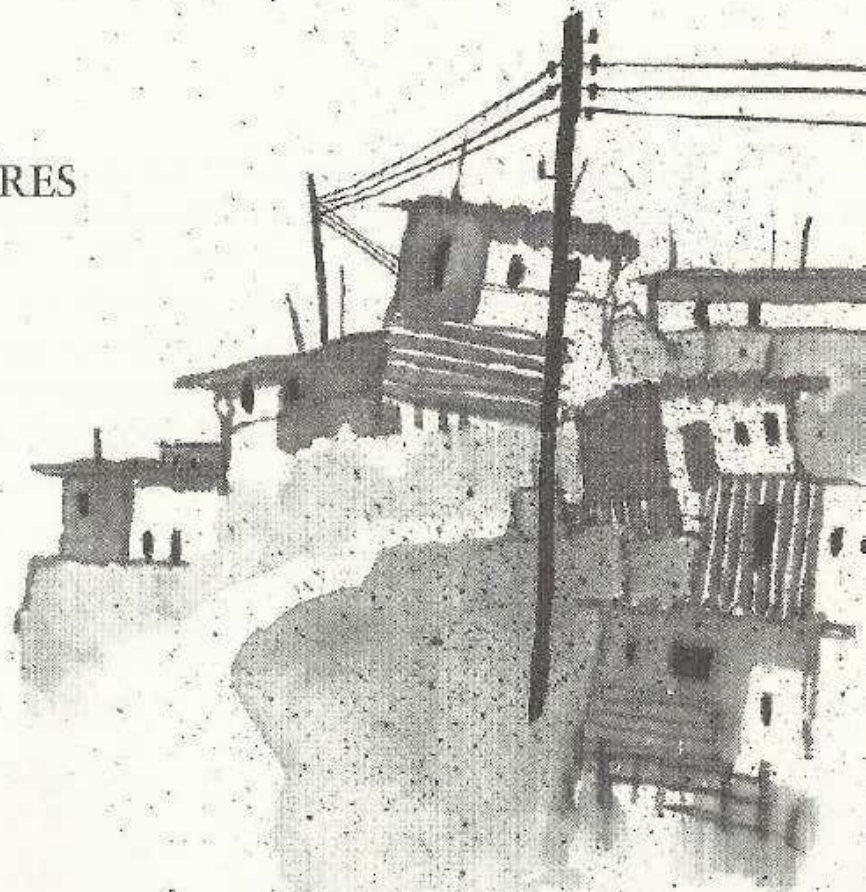
—Nadie.

Así fue que de tanto hablar de la ciudad, los tres quisieron conocerla.

Y hacia allá fueron.



TRES



Villa Cartón está donde está desde que el mundo es mundo. Nadie sabe quién le dio ese nombre, ni tampoco cuándo, pero hace mucho que se pusieron las primeras chapas y los primeros cartones y alguien colocó piedras y ladrillos sobre los techos para que no se volaran.

A Villa Cartón van a parar los que llegan desde el norte a buscar trabajo en la ciudad. Y a ese sitio también llegaron Juan y sus padres.

Y se hicieron cartoneros, como todos los que viven en la Villa, porque allí, hasta los niños más pequeños separan los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos.

Y los venden.

Al comienzo las cosas fueron difíciles.

Después empeoraron.

Y Juan comenzó a ir como los otros niños, por las noches, a juntar cartones y botellas por el centro.

Hurgaba en los cestos de basura, amontonaba papeles, cartones y botellas al costado de la calle, junto a la vereda, y ahí se quedaba hasta que pasaba su padre con el carro.

Entonces cargaban todo entre los dos y regresaban a la casa, cantando esa canción que habla de penas y vaquitas.



A veces, en el corazón de la noche, Juan encontraba, entre los restos de comida, una lámpara, una campera vieja, una botella panzona...

y los separaba del resto, los llevaba a su casa, los guardaba para él.

Una noche de invierno, encontró una caja forrada en tela azul. Una caja tan linda que parecía nueva. Y decidió que ahí guardaría sus cosas más secretas: una gomera, un vellón de oveja, un lazo que había trenzado su abuelo, unas semillas de mistol*... porque Juan extrañaba el norte, la fila de cerros a lo lejos, los tinales* bajando el llano, el cielo sin edificios ni cables...

22



CUATRO

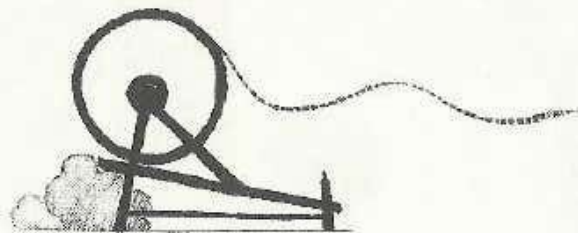
Los abuelos de Anarina vivieron mucho tiempo de unas ruecas que heredaron. Hacían girar mañana y tarde las ruecas, hilaban y con la lana ya hilada compraban leche, azúcar, arroz, harina, y así se alimentaban.

Trabajaban mucho en la casa y con lo que ganaban podían mandar a sus hijos a la escuela y comprarles cuadernos, zapatos y abrigo.

Cada tanto tenían un descanso, iban por un día al campo y andaban a caballo o tomaban mate retozando junto a un río.

Pero los vendavales, los gobiernos y los ladrones de lana hicieron que poco a poco fueran perdiendo sus ganancias.

23



En la ciudad, para vivir, hay que tener trabajo.

Y si no, hay que tener una herencia, o encontrar un tesoro bajo un puente o descubrir un yacimiento de oro y plata en el patio de la casa.

Como no hay ya tesoros ni yacimientos de oro y plata por descubrir, y como no tenían herencia, los abuelos de Anarina giraban todo el tiempo la rueca.

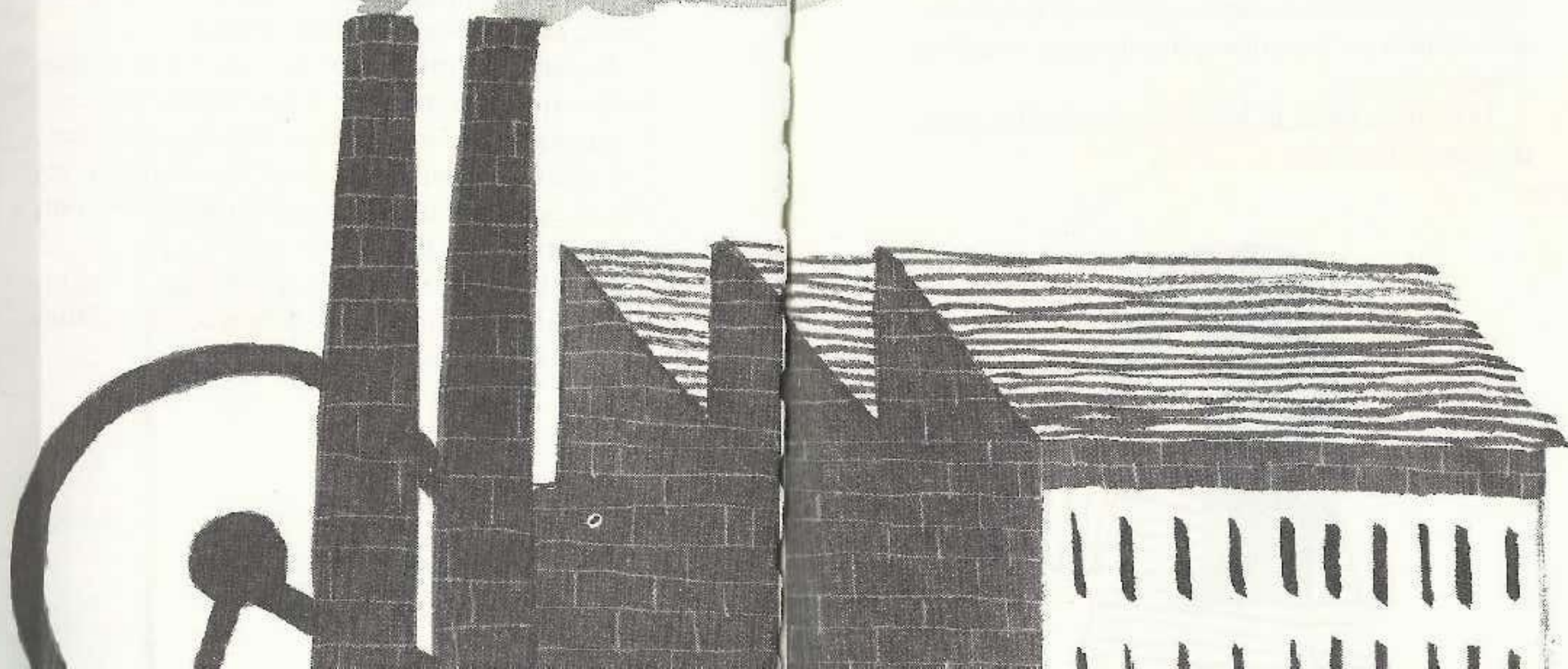
Hilaban y tejían hermosas prendas y los domingos las llevaban al mercado de ropas.

En la ciudad no son fáciles los veranos ni los inviernos, pero los abuelos de Anarina pasaron, mal que mal, muchos inviernos y veranos, gracias a sus ruecas.

Hasta que las ruecas se rompieron y se quedaron sin ellas.

Entonces salieron en busca de patronos que tuvieran máquinas de hilar y de tejer.

Y así fue como empezaron a trabajar en las fábricas.



Una canción del país de Anarina dice:

La palliri no canta
ni tampoco hila sueños,
la mirada en la tierra
la cabeza en el cielo.*

Cantando esa canción, también los padres de Anarina aprendieron a tejer en las fábricas, en las máquinas de tejer que otros tenían.

Sabían hacer abrigos y mantas, coser con cuidado las piezas, remallar* los bordes, hacer ojales y poner botones... convertir lo que habían tejido en prendas que pudieran venderse a buen precio.

Pero ni la lana, ni las máquinas, ni las prendas eran de ellos.

Entre los ladrones de fábricas, los vendavales y los cambios de gobierno, los patrones de los padres de Anarina también se empobrecieron.

Así fue que empezaron a trabajar ellos. No necesitaron tejedores, y los despidieron.

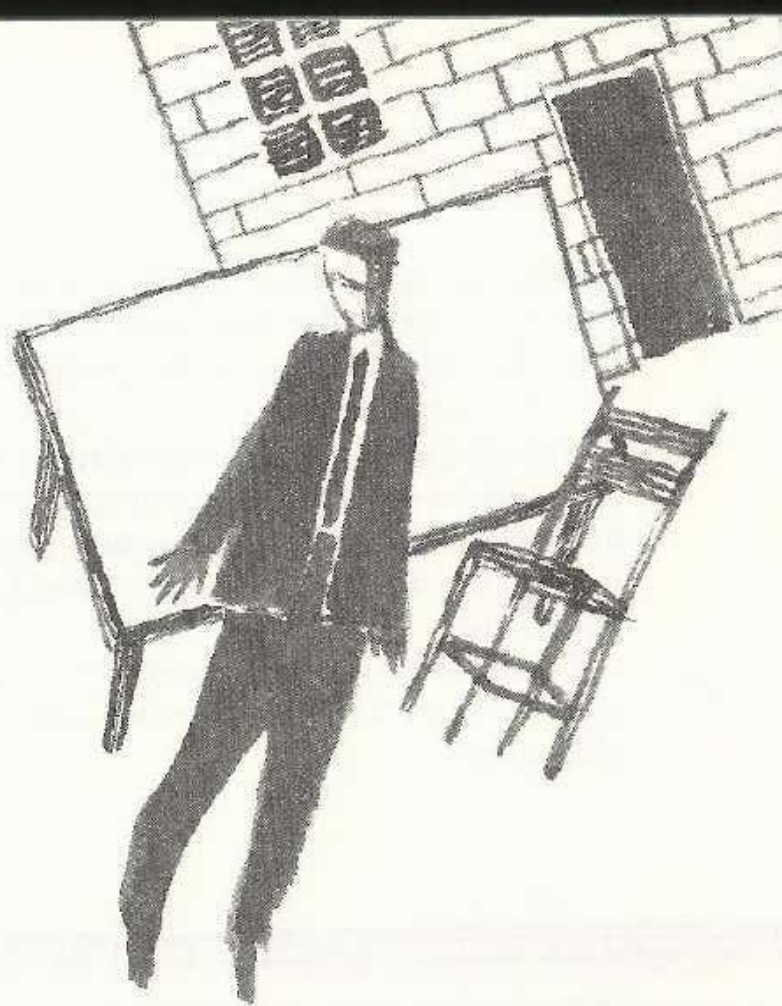
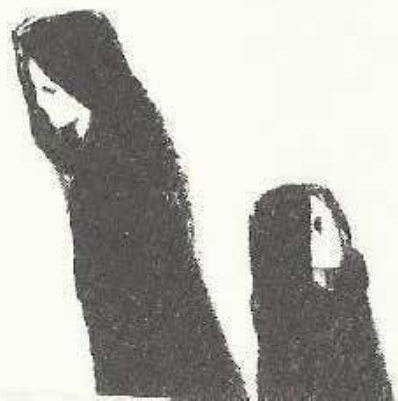
Por eso el padre y la madre de Anarina se quedaron sin trabajo, y ya no hubo dinero para ir al campo, ni retozar y tomar mate junto al río, ni para comprar cuadernos.

Tampoco para zapatos ni abrigo.

Ni para mantener la casa, o aunque más no fuera vender la que tenían y comprar una más chica.



En ese tiempo, murió el padre de Anarina.
Pobres y solas como estaban, la madre y
ella comenzaron a vender las cosas que tenían.
Primero una mesa que no usaban.
Luego unas sillas que heredaron.
Después un ropero tan cómodo que podía
albergar la ropa de una familia grande.
Y más tarde un cuadro con un paisaje muy
bonito y unos sillones de caña.
Hasta que tuvieron que vender la casa.



Alquilaron una casa pequeña en un barrio, pero como la madre no conseguía trabajo, a poco de estar gastaron lo que les quedaba.

Y tuvieron que irse.

Vivieron en la casa de unos parientes, pero los parientes eran casi tan pobres como ellas y no pudieron alojarlas por mucho tiempo.

Y así fue que también de ese sitio debieron marcharse.

Consiguieron unas chapas y unos palos y salieron en busca de un terreno baldío donde plantarlos*.

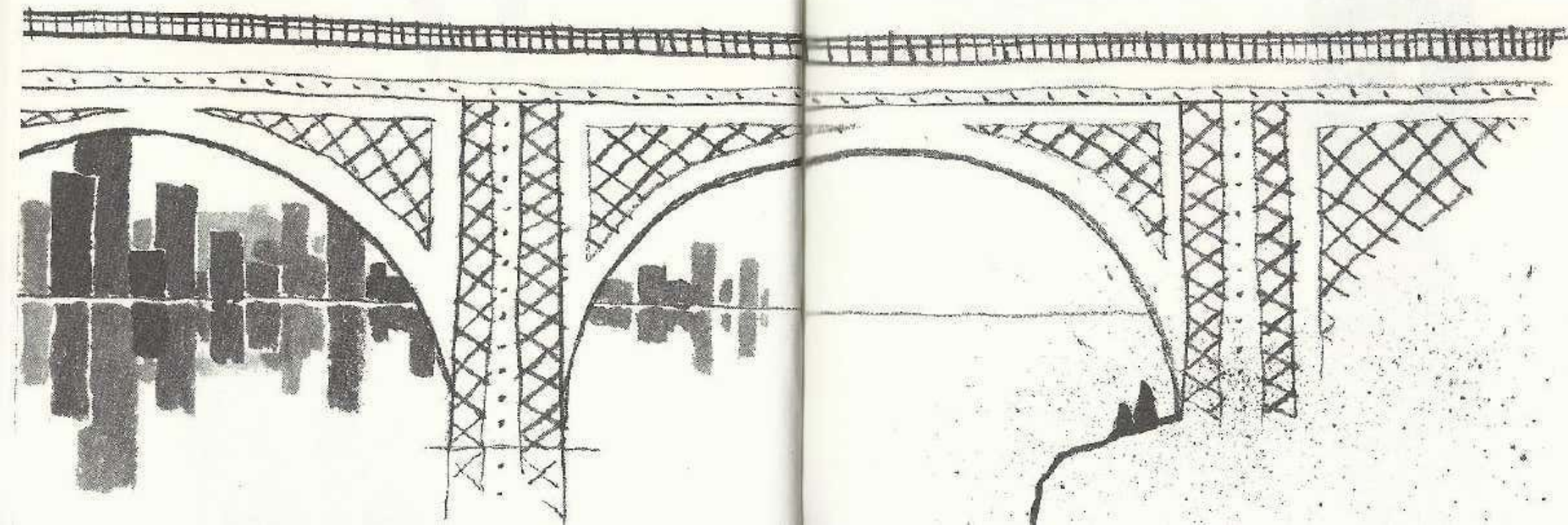
Buscaron un sitio que estuviera cerca de los parientes, pero no lo encontraron.

Buscaron más lejos.

Más cada vez.

Y finalmente en la zona del oeste, que es donde viven los más pobres.

Y como no encontraron terrenos baldíos en ninguna parte, acomodaron sus pocas cosas bajo un puente.



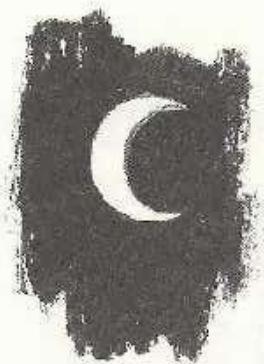
Desde entonces, por las noches, mirando la luna o las estrellas, la madre de Anarina le pedía al marido que le señalara un lugar de la ciudad donde ella y su hija pudieran plantar la casa.

Y a veces, en sueños, la mujer recibía señales que olvidaba al despertar.

«¿Qué te dijo, mamá?», preguntaba Anarina.

32

Pero era inútil, la madre no recordaba.



Acurrucadas las dos bajo aquel puente, la madre le prometía a la hija, una y otra vez, una vida mejor.

*Buscaremos un terreno
plantaremos la casa
en la casa habrá una mesa grande
y un mantel colorido
y un jardín con margaritas...*

33

Y, mientras decía esto, la casa que no existía se hizo grande en la cabeza de Anarina.

Más grande que el puente.

Más grande que el río.

Más grande que el abrazo de su madre.



CINCO

34

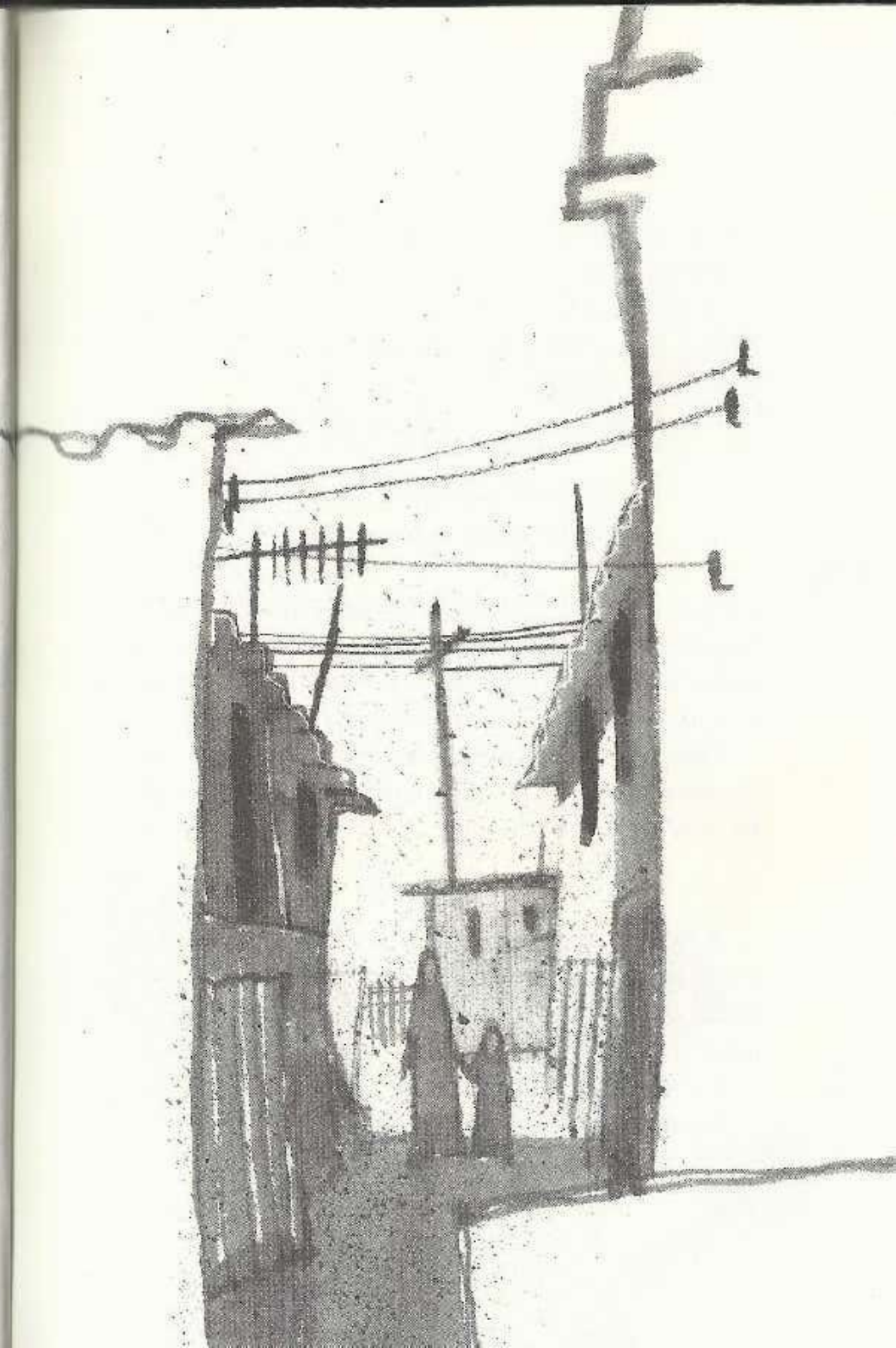
Villa Cartón está donde está desde que el mundo es mundo. Nadie sabe quién le dio ese nombre, ni tampoco cuándo, pero hace mucho que se pusieron las primeras chapas y los primeros cartones y alguien colocó piedras y ladrillos sobre los techos para que no se volaran.

A Villa Cartón van a parar los que pierden sus casas en los barrios y los que pierden su trabajo en las fábricas... y las mujeres que están solas para criar a sus hijos.

Y a ese sitio también llegaron Anarina y su mamá.

Y se hicieron cartoneras, como todos los que viven en la Villa, porque ahí, hasta los niños más pequeños, y hasta las niñas, separan los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos.

Y los venden.



Al comienzo las cosas fueron difíciles.
Después empeoraron.

Y Anarina comenzó a ir como los otros niños, por las noches, a juntar cartones y botellas por el centro.

Cantando esa canción que dice

*El agua que era dulce
se fue volviendo amarga*

36 hurgaba en los cestos de basura, amontonaba papeles, cartones y botellas al costado de la calle, junto a la vereda, y ahí se quedaba hasta que pasaba su madre con el carro.

Entonces cargaban todo entre las dos y regresaban a la casa, repitiendo esa canción de lo dulce y de lo amargo.

A veces, en el corazón de la noche, Anarina encontraba, entre los restos de comida, un monedero, un pedazo de blusa, una muñeca rota...

y los separaba del resto, los llevaba a su casa, los guardaba para ella.

Una noche de invierno, encontró una caja forrada en tela roja.

Una caja tan linda que parecía nueva.

Y decidió que ahí guardaría sus cosas más secretas: una foto de su padre, una pulsera de cuentas, un lazo blanco de seda con el que su madre le trenzaba el pelo cuando era una niña muy niña, un botón con cuatro agujeros, un boleto capicúa...

Porque ella extrañaba a su padre, la casa, el barrio, la vida que tenían antes...





En Villa Cartón, Juan conoció a Anarina. Supo que tenía el pelo muy largo y muy negro, como el cielo del norte en las noches sin luna.

La veía por las tardes, cuando regresaban de la escuela; cuando después de tomar el mate cocido, jugaban a la mancha o al gallo ciego.

Una vez le había tocado atarle el pañuelo para que quedara ciega, y entonces supo que su pelo era suave.

Otra vez, jugando al *martín pescador pasará, pasará*, tuvo que preguntarle qué color le gustaba más, si el rosa o el celeste, y ella había dicho rosa, con un susurro que se ovilló mucho tiempo en el oído de Juan.

Y una tarde que había llovido se refugiaron los dos bajo unas chapas, quedaron muy juntos y él sintió el aire caliente que salía de la boca de ella.



En Villa Cartón, Anarina conoció a Juan. Supo que tenía los ojos oscuros como el fondo de la noche y las pestañas largas como tenía su papá.

Se encontraba con él por las tardes, cuando volvían de la escuela; cuando después de tomar el mate cocido, jugaban a la mancha bajo el foco de luz de una esquina.

Cierta vez, él le ató el pañuelo para que hiciera de gallo ciego y entonces ella supo que su mano era firme.

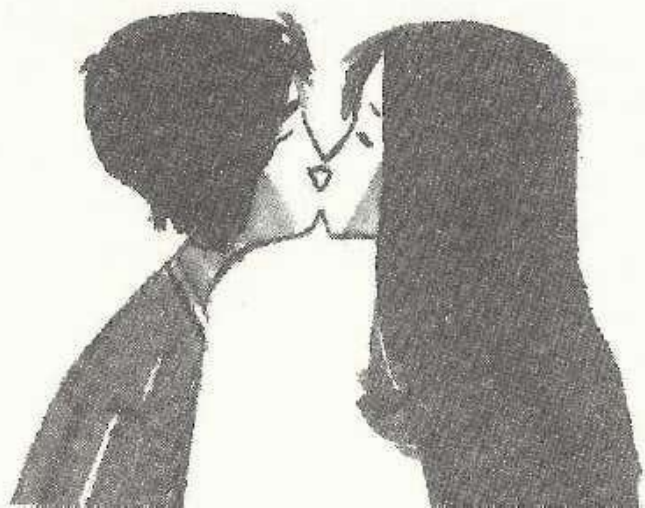
Otra vez, jugando al *martín pescador pasará, pasará*, él le preguntó qué color le gustaba más, con una voz algo tosca que quedó resonando largo tiempo en su oído.

Y una tarde que había llovido mucho se refugiaron los dos bajo unas chapas y quedaron muy juntos y ella sintió el aire caliente que salía de la boca de él y se estremeció.

Desde entonces, él la llamaba con cualquier pretexto y ella bajaba los ojos avergonzada, hasta que una tarde de farolera, Anarina se confundió y en lugar de preguntarle a Juan qué color le gustaba más, qué fruta le gustaba más, qué flor le gustaba más, preguntó: «¿Quién te gusta más?»

40

Y entonces se besaron.



SIETE

El día que Anarina cumplió diez años, Juan se animó a pedirle que fuera su novia. Pero ella dijo: «no, todavía no».

41

—¿Cuándo? —preguntó él.

—Cuando seas un hombre y yo sea una señora —dijo ella.

Y así fue que Juan pensó que debía hacerse grande para ser un hombre.
El hombre de Anarina.

OCHO

42

Una noche el padre de Juan dijo: «desde ahora, lo que encuentres en la calle va a ser para vos».

—¿Y puedo venderlo?

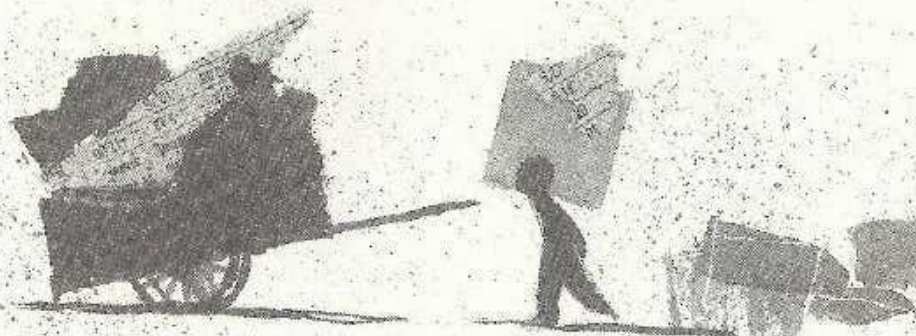
—Sí.

—¿Y con lo que gane, puedo comprar lo que quiera?

—Sí.

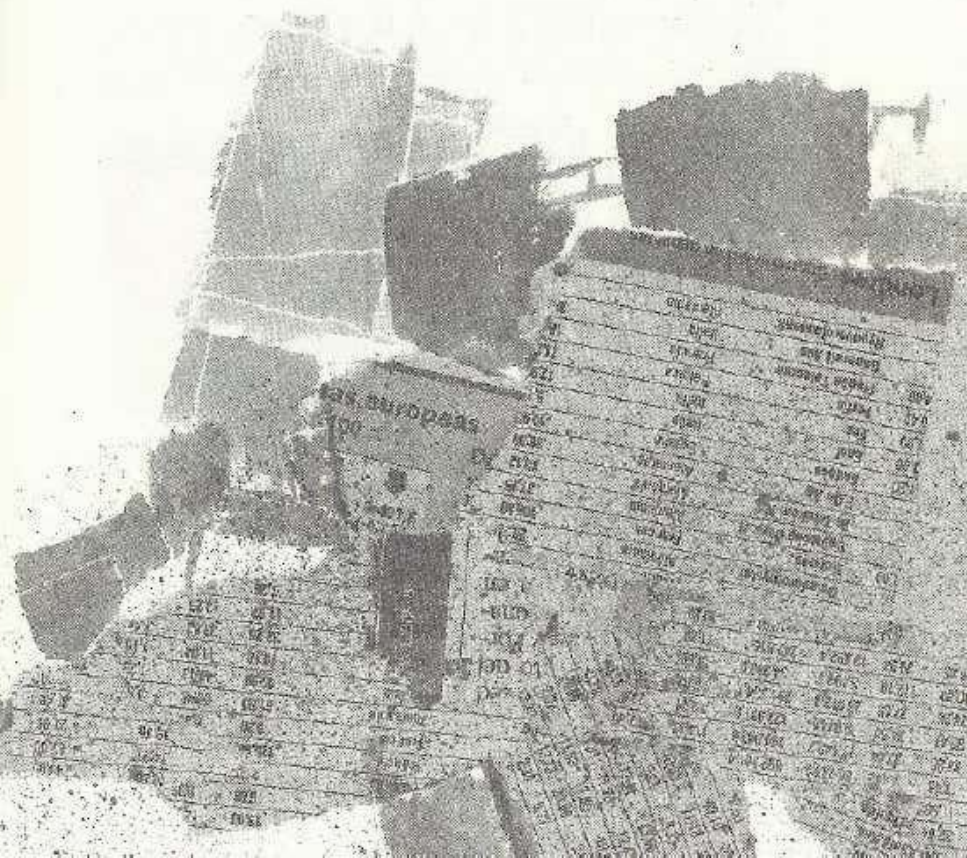
Pero la madre dijo:

—No, lo que quiera no, lo que necesite; algo que le haga falta.



Juan separaba por las mañanas lo que juntaba en las noches: las botellas de los papeles, los papeles de los cartones, los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos, y salía a venderlos.

Pasó el tiempo.
Dos años pasaron.



Un día el padre preguntó:

—¿Qué vas a hacer con el dinero que has ganado?

Y Juan dijo:

—Voy a comprarme un reloj.

—¿Un reloj? —preguntó la madre.

—Sí —dijo Juan— porque los hombres tienen reloj.



Con lo que juntó en mucho tiempo, Juan compró un reloj.

Una mañana fue con su papá al centro, entró en La Suiza Argentina, miró todos los relojes que había en la vitrina, mostró las monedas y billetes que tenía, y le preguntó al empleado:

—¿Cuál puedo comprar con esto?

Le alcanzó para comprar un reloj que se llamaba *Precimax*, que tenía la caja redonda y chata, palitos en lugar de números, un pequeño cuadrado que marcaba los días y los meses, y una correa de cuero marrón.

—No es una marca conocida, pero tiene una buena máquina —comentó el empleado de la relojería

Puso en hora el reloj, y dijo:

—Estos sí que aguantan golpes.

Después el empleado de La Suiza Argentina le puso a Juan el reloj en la muñeca y el reloj comenzó a marcar las horas, hasta que Juan creció y se hizo hombre.

NUEVE

46

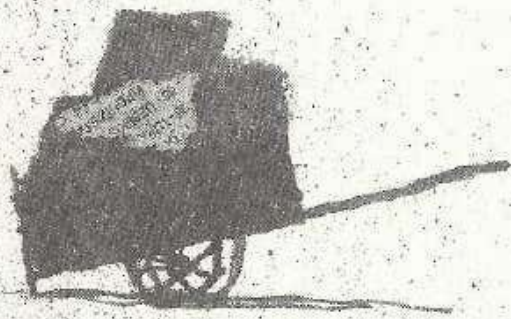
Una tarde la madre de Anarina dijo: «desde ahora, lo que encuentres en la calle va a ser para vos».

—¿Y puedo venderlo?

—Sí.

—¿Y con lo que gane puedo comprar lo que quiera?

—Lo que quieras no, lo que necesites; algo que te haga falta.



Anarina separaba por las mañanas lo que su madre y ella juntaban en la noche: las botellas de los papeles, los papeles de los cartones, los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos, y salía a venderlos.

Pasó el tiempo.

Dos años pasaron.



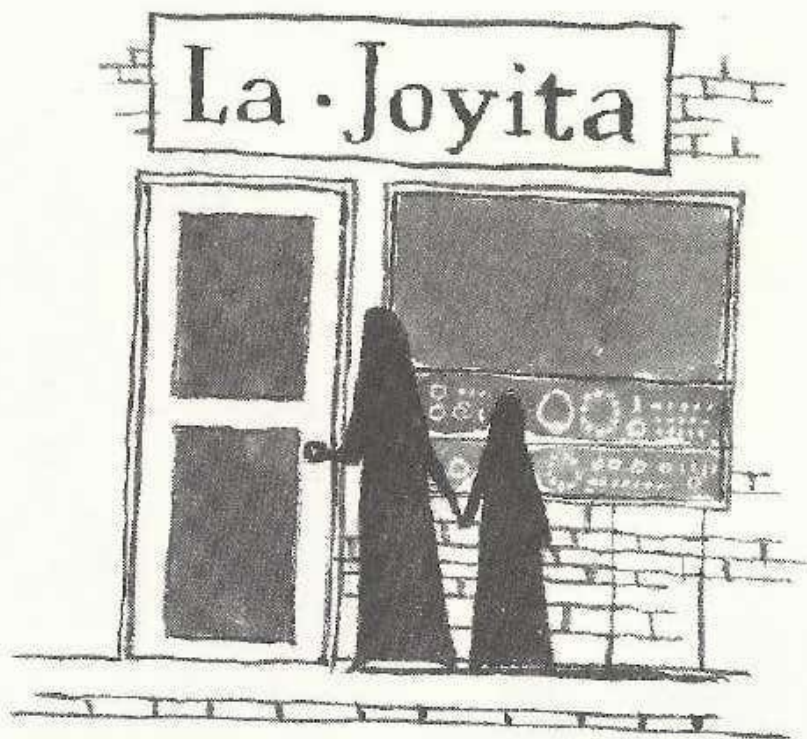
Un día la madre preguntó:
—¿Qué vas a hacer con el dinero que has ganado?

Y Anarina dijo:

—Voy a comprarme una pulsera.

—¿Una pulsera? —preguntó la madre.

—Sí —dijo Anarina— una pulsera con dijes, porque las mujeres bonitas llevan pulsera.



Con lo que juntó en mucho tiempo, Anarina compró una pulsera.

Una mañana fue con su mamá al centro, entró en La Joyita, miró las pulseras que había en la vitrina, mostró las monedas y billetes que tenía, y le preguntó al empleado:

—¿Cuál puedo comprar con esto?

Le alcanzó para comprar una pulsera de eslabones pequeños que tenía colgando una letra A.

—Es muy delicada, como la dueña —comentó el empleado de la joyería.

Y puso la pulsera en la muñeca de Anarina.

Después pasaron los años... y los dos terminaron la escuela, se hicieron grandes y se casaron.

Ella conoció a una gallega gorda y ya algo vieja que había cocinado muchos años en la cocina de un hospital. La mujer le enseñó a luchar por las muchas cosas que hacían falta en el barrio. Y los dos trabajaron hasta conseguir un comedor y un dispensario* para Villa Cartón.

50

Él conoció a un italiano viejo que había estado en la guerra y que tenía una pierna más corta que la otra. El hombre le enseñó a luchar por todo lo que hacía falta en Villa Cartón.

Y a reclamar por los derechos de los cartoneros.

Y a defenderse.

Pero nadie pudo evitar que la gente se volviera cada vez más pobre, y el país de Juan cada vez más ajeno y más extraño.

Hay una canción que dice:

*Piden pan y no les dan
piden queso y les dan hueso.*

Así son las cosas en el país de Juan, y es por eso que la gente se cansa.

51

Se cansa y grita,
llora,
lucha,
en el país de Juan.



Un día llegaron Los Hombres Violentos, en unos autos verdes, y aplastaron los gritos y el llanto de los que pensaban como Juan.

Llegaron y los persiguieron.
Olfatearon como perros en las escuelas,
en los sindicatos y en las fábricas.

En las quintas, en los obrajes
y en el campo.

En los pueblos, en el centro
y en las villas.

Y los encontraron.

Algunos alcanzaron a irse lejos,
a vivir a otro país.
Pero a muchos otros los encerraron.
O los mataron.

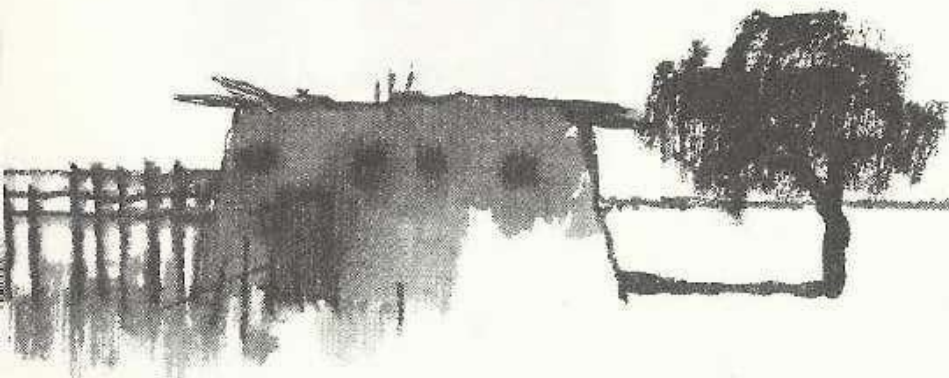
Juan estuvo encerrado en una pieza oscura y húmeda, sin saber si era de noche o de mañana, durante mil ochocientos cuarenta días.



DIEZ

54

Anarina pasó mucho tiempo tejiendo.
Todos los días que Juan estuvo en la cárcel.
Mil ochocientos cuarenta días tejiendo.
Cuando salió de la cárcel, Juan le dijo a
Anarina que quería volver al norte.
—... pero allá no tenemos nada —dijo ella.
—... acá tampoco —dijo él.
—¿Y de qué vamos a vivir? —preguntó ella.
—De lo que sea, del aire... acá ni siquiera
hay aire —contestó él.



Así sucedió que los dos dejaron la ciudad y
se fueron al norte, a vivir donde hay tunales,
mistoles y cerros azules...

La tierra era de otros, tenía dueños, pero
esos dueños la habían abandonado y en ella
no vivía nadie.

Nada más estaban el viento,
la greda*,
los zorzales.

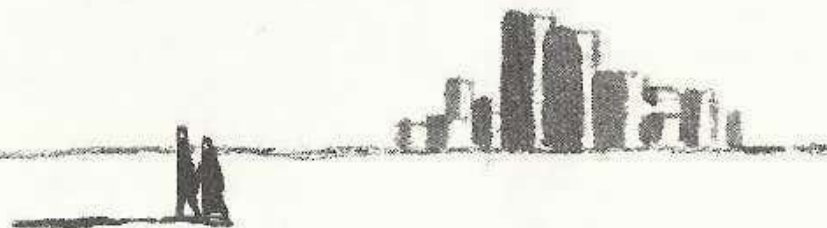
55

Juan y Anarina hicieron barro de la greda y
arreglaron la casa de adobe donde habían vi-
vido en un tiempo los padres de Juan.

Juntaron en el monte ramas y cañas y con
ellas construyeron el techo.

Con cuatro varas de quebracho, armaron
un telar.

Y con vellones prestados, comenzaron a hilar.



Anarina le enseñó a tejer a Juan.

Cantando aquella canción que dice:

*Tengo una petaquita
para ir guardando
las penas y penitas
que me van dando...*

56

trabajaban en la casa, acomodaban las vigas y las cañas del techo, acarreaban agua, o buscaban en el campo cosas para comer.

Cada tanto, bajaban un domingo a la ciudad para vender un poncho o una manta que habían tejido a lo largo de semanas.

Con lo que sacaban, pagaban lo que debían, y compraban lana otra vez.

A veces compraban también harina, aceite, azúcar... y hasta comían palomitas de maíz sentados en la plaza.

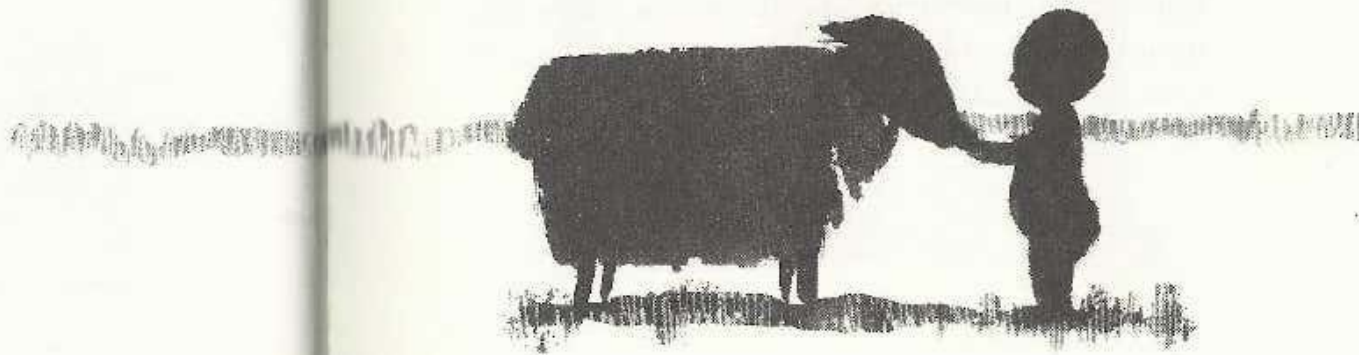
Después Juan compró una cabra.

La cruzó con el chivo de un vecino y compartieron las crías.

Vendiendo un par de crías, compró una oveja. La cruzó con el carnero de un vecino y compartieron las crías.

Y cuando nació el hijo, ya tuvo su pequeña majada*.

57



La vida en el norte no era más fácil que en la ciudad.

Había que acarrear agua desde la vertiente y cambiar las cañas del techo todos los años, pero la casa era fresca y el agua era buena.

Los vecinos estaban lejos unos de otros y costaba encontrarse con ellos, pero eran serviciales y ayudaban.

Y había que caminar mucho para dar con un almacén donde comprar algo o vender lo poco que tenían, pero empezaron con un pequeño sembradío de zapallos, porotos y maíz, y ya no necesitaban tantas cosas.

Por las tardes, frente al telar, mientras el hijo crecía, mientras Juan buscaba a sus animales en el serrano*, Anarina cantaba la canción de la petaquita.

Aquella canción antigua que inventaron las mujeres del norte.

La acompañaba el aire, limpio y seco.

Y el canto de los zorzales.

Y un cielo grande y sin cables.

Y las flores de los tunales...



GLOSARIO

- Chucear:** clavar un cuchillo en el vientre del animal. En el campo y para que no se empasten, se chucean las vacas.
- Dispensario:** establecimiento que presta servicio médico y farmacéutico a enfermos que no se alojan en él.
- Greda:** arcilla arenosa, por lo común, de color blanco azulado, usada principalmente para desengrasar los paños y quitar manchas.
- Majada:** manada de ganado lanar.
- Mistol:** planta de ramas abundantes, rígidas y espinosas, con flores pequeñas y un fruto con el que se suele elaborar un tipo de dulce y otros alimentos.
- Molle:** árbol de mediano tamaño.
- Palliri:** mujer que escoge los minerales extraídos de una mina.

Plantar: verbo usado con el sentido de 'asentar o colocar algo en el lugar en que debe estar para ser usado'.

Remallar: componer o reforzar las mallas viejas o rotas.

Serrano: vocablo empleado como un sustantivo, equivale a 'sierra'.

Tunal: sitio donde abunda la planta de la higuera de la tuna.

Índice

UNO	11
DOS	17
TRES	19
CUATRO	23
CINCO	34
SEIS	38
SIETE	41
OCHO	42
NUEVE	46
DIEZ	54
GLOSARIO	61



A partir de 10 años

Los padres de Juan y los de Anarina deciden abandonar el campo, huyendo de la miseria, y emigrar a la ciudad. Ya no venden vacas, ni tejen la lana, ahora recogen cartones y periódicos en Villa Cartón. Sobrevivir allí es difícil, pero el día en que las vidas de Juan y Anarina se cruzan, comienza un futuro mejor, del que ambos serán protagonistas.

Cód.: A - 6 - 0262

ISBN 978-987-06-0262-0



AIQUE **ANAYA**